

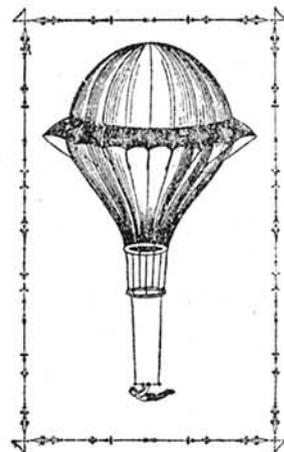
Datos para la historia de la Aerostación

Ascensiones de globos en Navarra

Por VICENTE GALBETE

Catedrático de Historia.

Archivero del Ayuntamiento de Pamplona.



El hacer una Historia de la Aviación no ofrecía demasiadas dificultades, puesto que sus comienzos son modernos. Medio siglo escaso de existencia cuentan los "más pesados que el aire", transcurrido además en una época en que ya la fotografía y la prensa habían alcanzado su apogeo. Inconvenientes mayores habría que vencer para trazar unos Anales de la Aerostación, cuyo origen se remonta a hace más de ciento cincuenta años. Existe, ciertamente, una magnífica *Historia bibliográfica e iconográfica de la Aeronáutica...*, etc., publicada por Graciano Díaz, Arquer y Pedro Vindel, aparte de algunas otras publicaciones de menor importancia; pero, como recientemente he podido comprobar, quedan aún datos interesantes sobre el tema no recogidos por estas obras. Algunos de ellos, exhumados en su mayoría del Archivo Municipal de Pamplona, son los que voy a dar a conocer.

Por las fiestas de San Fermín del año 1784, solamente uno después de que el primer "montgolfier" surcara los aires de Francia, hubo ya globos en Pamplona. *El domingo 11 de julio, Pedro Duperón, francés, y dos compatriotas suyos, hicieron salir volando de la plaza del Castillo dos globos de papel. Después del acontecimiento, los susodichos pasaron bandeja, recaudando 748 reales, prueba evidente de que el espectáculo gustó.* Esta es la manifestación aerostática más antigua que conocemos en Navarra, realizada, como todas las que tuvieron lugar en el siglo XVIII, sin tripulantes.

La primera elevación de globo con "anacoreta" (así llamó alguien al aeronauta) tuvo lugar el año 1805, en el teatro de la calle de las Comedias de nuestra vieja ciudad. Era empresario

Jaime Chiarini, de una familia de volatineros asidua durante muchos años a nuestras fiestas, y consiguió autorización para elevar, a la vez que el globo, los precios, que sufrieron el aumento de un real. En el artefacto subió el equilibrista Romanino, que debió de hacer las delicias de la concurrencia. Consta que se dió brillantemente *la función del Balón o Globo en que, guardando el equilibrio, subirá el Chiquito a la Cazuela (1) en la Pequeña Barca.* Según reza el prospecto, "el pequeño parisién", con su globo, *partirá del medio del Teatro, travesándolo todo hasta la Casuela, y luego baxará lo mismo que un trueno en el mismo lugar que partió.*

Una función similar se realizó años más tarde en la misma sala. En 1818, libre Pamplona de la ocupación francesa, que suspendió temporalmente sus diversiones, volvió a regocijarse con los globos. Esta vez fué Luis Rusmiro quien, en abril del citado año, presentó *el dificultoso vuelo de un globo, el qual saldrá desde el tablado rápidamente hasta la Cazuela (1); el globo tendrá una lancha, a donde irán dos niños echando décimas, y encima del Globo irá Francisco Charlén cabeza abaxo y pies arriba, guardando un grande equilibrio.* A esta ascensión, calcada sobre las acrobacias de Romanino, se le había añadido el aliciente de la poesía. En ambas funciones, el aeróstato, con sus adimniculos de red, barquilla y hasta las decorativas banderolas, era igual que el empleado por don Vicente Lunardi para su sensacional elevación en el Jardín del Buen Retiro el 12 de agosto de

(1) Se llamaba "cazuela" a las localidades altas, equivalentes al moderno paraíso o gallinero.

1792, reproducido en la citada obra de Díaz Arquer y Vindel.

Las ascensiones se fueron repitiendo cada vez con mayor frecuencia, y pronto adquirieron enorme popularidad. La afluencia de público obligó a los aeronautas a abandonar el estrecho recinto del teatro, debiendo actuar al aire libre. Los globos se elevaron desde entonces, por lo general, en la plaza de toros.

En agosto de 1848 se realizó en la de Pamplona una espectacular ascensión aerostática. *Primera en esta capital por el aeronauta D. Pedro Guillot, el domingo 13 del corriente, entre 5 y 5 y media de la tarde, si el tiempo lo permite. Guillot se elevará magestuosamente, haciendo desprender desde cierta altura, sobre los asistentes, una multitud de pequeños objetos para los circunstantes, entre ellos dos paracaídas de diferentes colores, bajando con dos conejos que llegarán al suelo sin lesión alguna.* Así decía el anuncio, aunque es de suponer que los infelices conejos fueran seriamente "lesionados" por la multitud, ávida de apoderarse de ellos.

De Pamplona se propagó la afición a los pueblos de la provincia. Así vemos que el año 1850 hubo en Tudela una exhibición, a cargo de monsieur Grillon, de paso para Italia, deseoso—según decía su programa—de mostrar de cuánto arrojo era capaz subiendo en el globo, una vez inflamado, a una elevación que casi se hace invisible. Efectivamente, colgado de un trapuzco, alcanzó tal altura, que apenas se le distinguía, yendo a descender con su aeronave en el barrio de Barcelona, próximo a la ciudad. El bravo Grillon debió de continuar su viaje a Barcelona, en donde actuó el mismo año, existiendo una curiosa estampa que lo representa en traje de aeronauta y señalando a un globo que se eleva por los aires, impresa en la ciudad condal el 27 de enero del mismo año.

Menos afortunado que Grillon en Tudela fué en Tafalla otro francés: M. Manuel Brunet, de Angulema, "Ilusionista y Aeronauta-Constructor", más conocido por ONREY, el anagrama de yerno, con que se titulaba. Onrey había realizado en Pamplona bastantes ascensiones, utilizando un globo de nombre tan escolástico como el *Santo Tomás*. Llegó a ser condecorado, por sus méritos aeronáuticos, con la Cruz de Carlos III. El año 1886 quiso asombrar a los tafalenses con una espectacular elevación durante las fiestas, no pudiendo elevarse a causa del tremendo ventarrón. Días más tarde insistió en su propósito, con peores resultados, pues se le incen-

dió el globo, que se llamaba *Montserrat*. A pesar de su doble fracaso, se debió de encontrar a gusto en Tafalla, porque se quedó a vivir, dando clase de gimnasia en el colegio de los Escolapios. Y al cabo de tres años logró por fin su propósito, remontándose en su nuevo globo *La Francia* (1), con el que tomó felizmente tierra cerca de la ermita de San Gregorio.

Durante muchos años los arriesgados tripulantes de los globos fueron sistemáticamente franceses, desde "el pequeño Parisién" y Charlén hasta Onrey y Moucheraud, pasando por Guillot y Grillon. Ello dió pie a una divertida ocurrencia plenamente histórica. En cierta ocasión, allá por los años de 1860 y pico, se anunció la elevación de un gran globo aerostático en la plaza del Castillo, solo, sin tripulantes. Un montañés, de los muchos que acudieron a presenciar la ascensión, se acercó a una destacada personalidad pamplonesa que contemplaba los preparativos, preguntándole:

—Eso, ¿solo va a subir, pues?

—Completamente solo.

—¡Hum!—dijo el montañés, rascándose la cabeza por debajo de la boina—. No sé, pues... sin *pransés*, ¿ya podrá subir?

—Sí, sí. Sin francés ni nadie.

—Entonces, si no va *pransés*, no subirá. ¡A buen seguro!

Suponía el ingenuo aldeano que aquel artilugio era mixto de globo y francés y que faltándole este último ingrediente se veía forzosamente privado de su fuerza ascensional.

En la segunda mitad del siglo XIX, y especialmente en su último tercio, actuaron en Pamplona, en dura competencia con los ultrapiñenaiscos, otros *pranseses*, que eran tan arriesgados o más que los auténticos.

El año 1883 actuó en Pamplona el *temerario y joven Capitán Martínez, Aeronauta Gimnástico*, que subía en su globo cogido sólo a una cuerda. Dió tres funciones en la plaza de toros por la cantidad irrisoria de cincuenta duros, a pesar de que, como decía en su carta al alcalde, *se trata de gastos inmensos para portear todos los efectos necesarios*.

Por aquel entonces hizo también su aparición el célebre Capitán Budoy, que debía de ser ca-

(1) Tenía las siguientes dimensiones: altura, 26 m.; diámetro, 18 m.; capacidad, 2.500 m³.

talán. Su número constituía el fin de fiesta en las funciones de circo de la plaza de toros. Empleaba un globo que, igual que el *Santo Tomás* y *La Francia*, de Onrey, presentaba una graciosa faldilla a la altura del *ecuador* e iba pintado a gajos de colores chillones. Como todos los aerostatos citados, subía el globo de Budoy impelido por el humo de una gran hoguera de leña y paja húmeda. A los chicos que llevaban haces de combustible se les permitía, en compensación, disfrutar gratis del espectáculo, siendo muchos los que acudían a tal menester, y uno de ellos, hoy respetable sexagenario, quien me ha facilitado los datos relativos a Budoy. Este iba vestido de marinero, luciendo pantalón acampanado y cuello abierto con chaína, y se tocaba con una graciosa gorrita de hule, adornada con cintas, en cuya banda se leía: *Capitán Budoy*. El globo no llevaba barquilla, sino el clásico trapecio, y mientras se hinchaba con el humo, Budoy hacía acrobacias en otro trapecio fijo en el redondel. Una vez oronda y cabeceante la aeronave, el capitán ordenaba con solemne vozarrón: "¡Suelten amarras!". Y cuando empezaba a elevarse se enganchaba, dando un salto felino, del trapecio que de ella pendía, obteniendo con esta "suerte" una ovación delirante.

El juego era peligroso, porque a veces el globo no subía del todo vertical. En cierta ocasión salió muy torcido, y, debido a la inclinación y al balanceo del trapecio, Budoy se dió tan tremendo golpe contra el tejadillo de los palcos, que se fracturó una pierna. Podemos suponer las angustias del perniquebrado, encaramado en la barra como un lorito en su percha y esperando que al globo se le ocurriese bajar Dios sabe dónde. Otro día se sustituyó el inseguro artificio por un tingladillo más sólido, en donde subieron, sentados a un velador y tomando café con el capitán, dos valientes camareros del Café Suizo, émulos del profesor Pickard.

Uno de aquellos años estuvo a punto de producirse el espectáculo insólito de un globo volando con racimos de niños colgando a su alrededor. Mientras se efectuaba la operación de inflar el globo, cuando su hemisferio norte emergía rotundo y el meridional estaba todavía flácido y arrebujado por la arena, empezó a llover torrencialmente. No encontrando los niños portadores de paja mejor cobijo que el faldellín ecuatorial de la aeronave, hicieron de él improvisado toldo. Pero como seguía produciéndose humo e hinchando el globo y éste pugnase por elevarse, eran de ver los esfuerzos con que aque-

llas manos engarfiadas pretendían evitar la ascensión, y con ella la pérdida de tan providencial paraguas. Menos mal que tras rudo forcejeo, consiguió imponerse el músculo, y el globo quedó retenido y humillado por auténticas amarras humanas.

Pamplona siguió durante muchos años fiel a su afición aerostática. Por las fiestas de San Fermín del año 1892 se elevaron en dos noches consecutivas, desde la plaza del Castillo, *grandes globos aerostáticos iluminados con luces brillantes*, a los acordes de la banda de música municipal, que amenizaba el espectáculo.

El año 1895 abrió el Ayuntamiento un concurso para la elevación de globos por San Fermín. Se recibió una oferta de nuestro amigo Onrey y otra, muy curiosa, de *Manuel Brochéry, ex Ministro Apostólico en el Indostán, discípulo que fué de Montgolfier hermanos, de la familia del inventor de los aerostatos*. Tenía en Barcelona un establecimiento a la vez *humanitario y científico*, en donde daba trabajo a los pobres y construía una variedad de globos de su invención de nombre espeluznante: las "mongol-fieras". En ellas prescindía de la *fatal esponja, causa de mil incendios*. Brochéry ofrecía al Municipio pamplonés un *globo digno de figurar en una capital de provincia*, de 500 metros cúbicos, por el módico precio de 75 pesetas. Aseguraba que, *detenido por una buena cuerda, podría servir a varias ascensiones, que ofrecerán una agradable diversión a los espectadores*. Pero, a pesar de tantas excelencias, se rechazó su ofrecimiento, como también el de Onrey, y el Ayuntamiento llegó—tras muchos regateos—a un acuerdo con la Casa Besançon, de París. Se contrató el modelo más pequeño y barato de los que la casa propuso, de 380 metros cúbicos solamente y capaz de elevar a un solo pasajero. El globo era cautivo y se elevaba hasta 300 metros.

Era este aerostato, que se rebautizó con el nombre de *Ciudad de Pamplona*, de los de categoría, con barquilla y válvula, y se elevó el 11 de julio del citado año, a las cinco de la tarde, tripulado por otro francés, M. Moucheraud. Se abonaron por su alquiler 775 francos, y la fiesta estuvo impregnada de la tradicional galantería parisina, siendo obsequiadas las señoras que la presenciaron con bonitos "bouquets" de flores.

Con algunos intervalos, los globos han seguido ostentando sus opulencias en las fiestas de San Fermín. El año 1897 hizo otra intentona

el "humanitario" Brochéry, afirmando que *en este siglo, que se habla tanto de los ensayos que se hacen para resolver el problema de la dirección, convendría que el empleo de los aerostatos se propagase hasta las más pequeñas aldeas (!), y toca a las grandes poblaciones a dar el ejemplo.* No consta si el Ayuntamiento llegó a encargarle alguna "mongolfiera"; pero tenía razón Brochéry al hablar del problema de la dirección. Preocupó mucho y se plantearon soluciones tan diversas como divertidas. Genet proponía que se accionase un aparato propulsor llevando en la barquilla ¡dos caballos!, mientras que Madame Tessière, más romántica, pretendía que los globos fuesen remolcados por águilas amaestradas.

El último aeronauta que subió en Pamplona con su globo fué Amador Fernández, acróbata

y paracaidista, que actuó hace solamente seis años en nuestra plaza de toros. Por cierto que fué víctima de una supuesta y anticipada muerte. Un conocido escritor y folklorista consignó en uno de sus libros el fallecimiento de Fernández, ocurrido—según su errónea información—al realizar las mismas acrobacias que en Pamplona. Al poco tiempo se enteraba de que el propio Amador (que conocía su libro y estaba trabajando en Barcelona) había desmentido ante un amigo común la prematura muerte.

* * *

Si estas pobres notas pueden ser aprovechadas por quien pretenda esbozar la historia de los globos en España, sirviendo el anecdotario aerostático de Navarra para colaborar modestamente en ella, habré conseguido bastante más de lo que me proponía.

CON SUPERIOR PERMISO.



AVISO AL PUBLICO.

JAYME CHIARINI, dará un Espectáculo brillante del elevamiento de un Globo, imitado al que fué elevado en París el día 1.º de Setiembre de 1783, hecho por el Señor Carlos Robert: en dicho Globo habrá una pequeña Lancha con dos Niños dentro, cada uno con una bandera en la mano; el pequeño Parisien irá encima de él en equilibrio, la cabeza abaxo y los pies arriba. El dicho Globo estará magníficamente alumbrado, y partirá del medio del Teatro, travesándolo todo hasta la Casuela, y luego baxará lo mismo que un trueno en el mismo lugar que partió.

Se empezará con el Bayle en la Maroma, á que seguirán las Sombras Chinescas y Transparentes.

NOTA

Aparte de los diversos legajos consultados en las secciones de Festejos y Diversiones Públicas del Archivo Municipal de Pamplona, se han utilizado las siguientes obras:

Ba'ezt'ena, Ignacio: *Programa de Festejos de San Fermín para 1930.*

Boletín Oficial de la Provincia de Navarra, número 97. Año 1848.

Sáinz y Pérez de Laborda, Mariano: *Apuntes Tudelanos.*

Moriás, Angel: *Memorias. Escenas de la vida tafallesa.*

Iribarren, José María: *Batiburrillo Navarro.*